

RESUMEN

EL TEXTO PRESENTA UNA REFLEXIÓN QUE INCORPORA UNO DE LOS CONCEPTOS PRINCIPALES ACUÑADOS POR EL AUTOR, LOS "NO-LUGARES EMPÍRICOS", DESTINADO A ANALIZAR LOS EFECTOS Y CONSECUENCIAS DE LA GLOBALIZACIÓN EN LAS RELACIONES Y PRODUCCIONES HUMANAS.

PALABRAS CLAVE: LUGAR-NO LUGAR, GLOBALIZACIÓN, MUNDIALIZACIÓN.

ABSTRACT

TEXT PRESENTS A REFLECTION, WHICH INCORPORATES ONE OF THE MAIN CONCEPTS COINED BY THE AUTHOR, THE "EMPIRICAL NONPLACES", INTENDED TO ANALYSE THE EFFECTS AND CONSEQUENCES OF GLOBALIZATION IN THE RELATIONS AND HUMAN PRODUCTIONS.

KEY WORDS: CONTRARIES PLACES, GLOBALIZATION.

El "aquí" y el "afuera"

Marc Augé¹

Desde la publicación en Francia de mi libro *No-lugares*, en 1992, el proceso de urbanización del mundo ha continuado y se ha amplificado en los países desarrollados, en los sub-desarrollados y en los que hoy llamamos emergentes. Las megalópolis se extienden al igual que, a lo largo de las costas, de los ríos y de las vías de comunicación, los "hilos urbanos", por recodar la expresión del demógrafo Hervé Le Bras, es decir, aquellos espacios que, al menos en Europa, donde el espacio es limitado, agrupan las unas a las otras en grandes aglomeraciones y albergan a una gran parte de sus habitantes y de su tejido industrial o comercial.

Asistimos, pues, a un triple desplazamiento. Las grandes ciudades se definen principalmente por su capacidad de importar o exportar personas, productos, imágenes y mensajes. Espacialmente, su importancia se mide según la calidad y amplitud de la red de autopistas o de las vías ferroviarias que las conectan con sus aeropuertos. Su relación con el exterior se inscribe en el paisaje en el momento mismo en que los centros llamados "históricos" son, cada vez más, un objeto de atracción para los turistas de todo el mundo.

En las mismas viviendas, casas o apartamentos, el televisor y el ordenador han ocupado el lugar del hogar. Los helenistas nos han enseñado que sobre la casa griega clásica velaban dos divinidades: Hestia, diosa del hogar, en el centro umbrío y femenino de la casa, y Hermes, dios del umbral, que mira hacia el exterior, protector de los intercambios y de los hombres que tenían su

1 Marc Augé. Doctor Profesor de antropología y etnología en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Ha sido director de estudios del Office de la recherche scientifique et technique outre-mer (ORSTOM), actual Institut de Recherche pour le Développement (IRD), y de L'École des hautes études en sciences sociales (EHESS).

monopolio. Hoy en día, el televisor y el ordenador han ocupado el lugar del hogar en el centro de la vivienda. Hermes ha sustituido a Hestia. Al mismo tiempo, el individuo está de algún modo desplazado respecto a sí mismo. Se equipa de instrumentos que lo ponen en contacto constante con el mundo exterior más lejano. Los teléfonos móviles son a su vez cámaras fotográficas, televisores, ordenadores. El individuo puede vivir singularmente en un ambiente intelectual, musical o visual completamente independiente de su entorno físico más inmediato.

Este triple desplazamiento corresponde a una extensión sin precedentes de lo que llamaré los “no-lugares empíricos”, es decir, los espacios de circulación, de consumo y de comunicación. Pero, a este respecto, conviene recordar que no hay “no-lugares” en el sentido estricto del término. He definido como “lugar antropológico” todo espacio en el cual pueden leerse las inscripciones del vínculo social (por ejemplo, cuando se imponen estrictas reglas de residencia) y de la historia colectiva (por ejemplo, los lugares de culto). Estas inscripciones son evidentemente menos comunes en los espacios marcados por el sello de lo efímero y del tránsito. Lo que no impide que, en la realidad, no existan, en el sentido absoluto del término, ni lugares, ni no-lugares. La pareja lugar/no-lugar es un instrumento de medida del grado de sociabilidad y de simbolización de un espacio dado.

Ciertamente, los lugares (lugares de encuentro y de intercambio) pueden constituirse en lo que para otros sigue siendo un no-lugar. Esta constante no presenta contradicción alguna con aquella otra de la extensión sin precedentes de los espacios de circulación, de consumo y de comunicación que se corresponden con el fenómeno que actualmente designamos con el término de “globalización”. Esta extensión tiene consecuencias antropológicas importantes, pues la identidad individual y colectiva se construye siempre en relación y en negociación con la alteridad. Por tanto, es a partir

de aquí que el conjunto del campo planetario se abre simultáneamente a la investigación, por parte del antropólogo, de los mundos contemporáneos.

De este modo, ciertos temas y fenómenos pueden ser abordados desde un nuevo punto de vista.

I. Mundialización

El ideal de un mundo sin fronteras, por ejemplo, siempre se les presentó a los más sinceros humanistas como el ideal de un mundo en el que serían abolidas todas las formas de exclusión. Ahora bien, el mundo actual se nos presenta a menudo como un mundo cuyas antiguas fronteras han sido borradas. ¿Quiere esto decir que nos hemos acercado al ideal humanista de universalismo? Obviamente, las cosas no son tan simples y, con el fin de esclarecerlas un poco, creo de gran importancia reflexionar en tres direcciones:

- Actualmente existe una ideología de la globalidad sin fronteras que se manifiesta en los más diversos sectores de la actividad humana mundial.
- La globalidad actual es una globalidad en red que produce efectos de homogeneización, pero también de exclusión.
- La noción de frontera sigue siendo rica y compleja. No significa necesariamente tabiquería y separación. Probablemente, el ideal de un mundo igualitario no pasa por la abolición de todas las fronteras, sino por su reconocimiento.

El término “mundialización” remite a dos órdenes de realidades: por un lado remite a lo que llamamos globalización, que se corresponde con la extensión sobre toda la superficie del globo del mercado llamado liberal y de redes tecnológicas de comunicación y de información; por otro, remite a lo que podríamos llamar la conciencia planetaria, que a su vez comporta dos aspectos.

Cada día somos más conscientes de habitar un mismo planeta, cuerpo físico frágil y amenazado, infinitamente pequeño en un universo infinitamente grande; esta conciencia planetaria es una conciencia ecológica y preocupante: compartimos un espacio reducido que no cuidamos. Por otro lado, también somos conscientes de la separación cada día mayor entre los más ricos de los ricos y los más pobres de los pobres; esta conciencia planetaria es una conciencia social e infeliz. Finalmente, a escala mundial, la diferencia aumenta, en términos absolutos y relativos, entre los que ni siquiera tienen acceso a la alfabetización, por un lado, y los que tienen acceso a las grandes hipótesis sobre la constitución del universo o la aparición de la vida, por otro lado. Convendría añadir que, globalmente hablando, el patrimonio filosófico de la humanidad parece en riesgo de perderse y que, protegido por la violencia, la injusticia y las situaciones de desigualdad, el repliegue, a menudo crispado sobre formas religiosas más o menos gastadas y más o menos intolerantes, sirve hoy de referencia a una parte considerable de la humanidad.

¿Cómo invertir la tendencia? Ciertamente no con un toque de varita mágica, ni con votos piadosos. Hoy en día, la utopía última es la educación, si se quiere evitar que el saber y la ciencia se concentren exclusivamente en los mismos polos que el poder y la riqueza en el cruce de diversas redes del sistema global.

El término "globalización" se refiere a la existencia de un mercado mundial liberal, o supuestamente tal, y de una red tecnológica generalizada a toda la Tierra, pero a la que un gran número de individuos todavía no tiene acceso. El mundo global es por tanto un mundo en red, un sistema definido por parámetros espaciales, pero también económicos, tecnológicos, científicos y políticos.

La dimensión política ha sido cuestionada por Paul Virilio en varias obras y particularmente en *La bomba informática* (1998). En esta obra, Viri-

lio analiza la estrategia del Pentágono americano y su concepción de la oposición entre lo global y lo local. Lo global es el sistema considerado desde el punto de vista del sistema. Por tanto, lo global es el interior; y, siempre desde este punto de vista, lo local es el exterior. En el mundo global, lo global se opone a lo local como el interior al exterior. Lo local tiene por definición una existencia inestable: o bien es una simple reducción de lo global (hablamos quizás de "glocal") y por tanto la noción de frontera desaparece; o bien lo local perturba el sistema y está sometido, en términos políticos, a la jurisdicción del ejercicio del derecho de injerencia. Cuando Fukuyama evoca el "fin de la historia" para subrayar que la asociación democracia representativa/economía liberal es intelectualmente insuperable, introduce al mismo tiempo una oposición entre sistema e historia que reproduce aquella otra entre global y local. En el mundo global, la historia, en el sentido de una crítica del sistema, no puede venir sino del exterior, de lo local. El mundo global supone, al menos idealmente, la desaparición de las fronteras y de los conflictos.

Esta desaparición de las fronteras se convierte en un espectáculo de la mano de las tecnologías de la imagen y de la disposición del espacio. Los espacios de circulación, de consumo y de comunicación se multiplican sobre el planeta, haciendo visible la existencia de la red. La historia (el alejamiento en el tiempo) está fijada en representaciones de diversos órdenes que hacen de ella un espectáculo para el presente y, especialmente, para los turistas que visitan el mundo. El alejamiento cultural y geográfico (el alejamiento en el espacio) corre la misma suerte. El exotismo, que siempre ha sido una ilusión, deviene doblemente ilusorio en cuanto es puesto en escena. Las mismas cadenas hoteleras, las mismas cadenas de televisión, estrechan el globo para darnos la sensación de que el mundo es uniforme, por doquier el mismo, que sólo cambian los espectáculos, como en Broadway o en Disneyland.

II. La urbanización

La urbanización del mundo se corresponde a la vez con la extensión de las grandes metrópolis y, a lo largo de las costas y de las vías de circulación, con la de los “hilos urbanos” de los que habla el demógrafo Hervé Le Bras. El hecho de que la vida política y económica del planeta dependa de centros de decisión situados en las grandes metrópolis mundiales, todas ellas interconectadas y constituyendo conjuntamente una suerte de “metaciudad virtual” (Virilio, 2010) completa este cuadro. El mundo es como una inmensa ciudad.

Pero también es cierto que toda gran ciudad ya es un mundo, incluso una recapitulación, un resumen del mundo, con su diversidad étnica, cultural, religiosa, social y económica. Estas fronteras o tabiquerías, de las cuales podríamos olvidar su existencia en el fascinante espectáculo de la globalización, las reencontramos, evidentes, despiadadamente discriminantes, en el tejido urbano extrañamente abigarrado y desgarrado. Es a propósito de la ciudad que hablamos de barrios difíciles, de ghettos, de pobreza y subdesarrollo. Actualmente, una gran metrópoli recibe y tabica todas las diversidades y todas las desigualdades del mundo. Encontramos indicios de subdesarrollo en una ciudad como Nueva York, así como también pueden encontrarse barrios de negocios conectados a la red mundial en las ciudades del tercer mundo. La ciudad-mundo relativiza o desmiente por sí sola las ilusiones del mundo-ciudad.

Muros, separaciones, barreras aparecen a escala local y en nuestros hábitos espaciales más cotidianos. En América, hay ciudades privadas; en América Latina, en El Cairo y por todo el mundo, vemos emerger barrios privados, sectores de la ciudad donde no podemos entrar sin justificar nuestra identidad y nuestras relaciones. Nos hemos acostumbrado a que los inmuebles que habitamos en la ciudad estén protegidos por códigos de acceso. No accedemos al consumo sino a través de la ayuda de códigos (trátese de

tarjetas de crédito, de teléfonos móviles o de tarjetas especiales creadas para los hipermercados, las compañías aéreas y demás). Visto a escala individual y del corazón de la ciudad, el mundo global es un mundo de la discontinuidad y de lo prohibido.

En cambio, la estética dominante es una estética de la distancia que tiende a hacernos ignorar estos efectos de ruptura. Las fotos tomadas por los satélites de observación, las vistas aéreas nos acostumbran a una vista global de las cosas. Las torres de oficinas o de viviendas educan la mirada, como lo hacen el cine y aún más la televisión. La circulación de los automóviles en la autopista, el despegue de los aviones en las pistas de los aeropuertos, los navegantes solitarios que dan la vuelta al mundo bajo la atenta mirada de los telespectadores, nos dan una imagen del mundo tal y como nos gustaría que fuese. Pero esta imagen desaparece en cuanto la observamos de cerca.

III. Fronteras

Por otra parte, cuando evocamos el ideal de un mundo sin barreras y sin exclusión no es cierto que sea la noción de frontera la que está en juego. La historia de la población humana es la historia del tránsito de lo que llamamos las “fronteras naturales” (riberas, océanos, montañas). La frontera ha frecuentado el imaginario de las poblaciones que colonizan la Tierra. La primera frontera es el horizonte. A partir de los viajes de los descubrimientos, siempre ha existido en el imaginario occidental un oriente misterioso, un ultramar ilimitado o un lejano oeste. La frontera es la amenaza que inquieta o fascina en las novelas de Dino Buzzati o de Julien Gracq. Ciertamente, las fronteras han sido transitadas con frecuencia por conquistadores que atacaban y dominaban a otros humanos, pero este riesgo es inherente a todas las relaciones humanas en cuanto son impuestas por relaciones de fuerza. El respeto de las fronteras es el garante de la paz.

La noción de frontera marca la distancia mínima y necesaria que debería existir entre los individuos para que sean libres de comunicarse tal y como ellos se entienden. La lengua no es una barrera infranqueable, es una frontera. Aprender la lengua del otro, o el lenguaje del otro, es establecer con él una relación simbólica elemental, respetarlo y reconocerlo, cruzar la frontera.

Una frontera no es un muro que prohíbe el paso, sino un umbral que invita a pasar. No es casual que en todas las culturas del mundo los puntos de encuentro, los cruces y los límites hayan sido objeto de una intensa actividad ritual. Tampoco es casual que los humanos hayan desarrollado por doquier una intensa actividad simbólica para pensar el paso de la vida a la muerte como una frontera: la idea de que la frontera puede ser transitada en ambos sentidos nos muestra que la frontera no suspende de manera definitiva la relación entre unos y otros.

Por tanto, nuestro ideal no debería ser el de un mundo sin fronteras, sino el de un mundo donde todas las fronteras fueran reconocidas, respetadas y transitables, es decir, un mundo donde el respeto de las diferencias comenzaría con la igualdad de los individuos, independientemente de su origen o sexo.

IV. La arquitectura

En la relación del mundo-ciudad y de la ciudad-mundo podría aparecer el sentimiento, ya expresado por Virilio en su obra *El espacio crítico* (1993), de una desaparición de la ciudad como tal. Ciertamente, lo urbano se extiende por todos lados, pero los cambios en la organización del trabajo, la precariedad, esa versión negra de la movilidad, y las tecnologías que, a través de la televisión e Internet, imponen a cada individuo, en lo más profundo de su intimidad, una imagen de un centro desmultiplicado y omnipresente,

suprimen toda pertenencia a oposiciones del tipo ciudad-campo y urbano-no urbano.

La oposición entre el mundo-ciudad y la ciudad-mundo es paralela a la del sistema y la historia. Es, por así decirlo, la traducción espacial concreta. La preeminencia del sistema sobre la historia y de lo global sobre lo local tiene consecuencias en el campo de la estética, del arte y de la arquitectura. Los grandes arquitectos se han convertido en vedettes internacionales. Cuando una ciudad aspira a figurar sobre la red mundial confía a algún gran arquitecto la construcción de un edificio que tendrá valor de monumento, de testimonio: probará su presencia en el mundo, es decir, la existencia en la red, en el sistema. Incluso si los proyectos arquitectónicos tienen en cuenta, en principio, el contexto histórico o geográfico, son rápidamente engullidos por el consumo mundial: es el flujo de turistas venidos de todo el mundo quien sanciona su éxito. El color global borra el color local. Las obras arquitectónicas son singularidades que expresan la visión de un autor singular y se liberan del particularismo local. Las obras arquitectónicas dan cuenta de un cambio de escala. Tshumi en La Villette, Renzo Piano en Beaubourg o en Nouméa, Gehry en Bilbao, Peñ en el Louvre, Nouvel en París o en Nueva York... se trata del local global, lo local con los colores de lo global, la expresión del sistema, de su riqueza y de su ostentosa afirmación. Cada uno de estos proyectos tiene sus justificaciones locales e históricas particulares, pero, a fin de cuentas, su prestigio proviene del reconocimiento mundial del que son objeto. A este respecto, Rem Koolhaas ha sugerido una fórmula enérgica y explícita: "Fuck the context!". Por el contrario, algunos arquitectos, como Nouvel, insisten sobre la particularidad de cada proyecto en su lugar. Pero estos alegatos en forma de negativas no impiden que la gran arquitectura mundial se inscriba globalmente en la estética actual, una estética de la distancia que tiende a hacernos ignorar todos los efectos de ruptura.

Aquí es donde aparece la paradoja. En cierto sentido la arquitectura es una expresión del sistema. Probablemente, constituye su expresión más caricaturesca, por ejemplo en Times Square, cuando generaliza la estética de los parques de atracciones como Disneyland, donde triunfa el reino de la imagen y de la ficción, o cuando las ciudades rivalizan por construir la torre más alta del mundo. Pero no puede negarse el espectacular esplendor de ciertas obras arquitectónicas. Si en un sentido la arquitectura sustituye las ilusiones de la ideología del presente y participa en la estética de la transparencia y del reflejo, de la altura y de la armonía, en la estética de la distancia que, deliberadamente o no, mantiene estas ilusiones y expresa el triunfo del sistema sobre los puntos más fuertes de la red planetaria, también cobra del mismo modo una dimensión utópica.

En sus obras más significativas, la arquitectura parece hacer alusión a una sociedad planetaria todavía ausente. Propone fragmentos brillantes de una utopía rota en la que nos gustaría creer, de una sociedad de la transparencia que todavía no existe en ningún lugar. Al mismo tiempo, la arquitectura señala algo que pertenece al orden de la utopía y de la alusión describiendo a grandes rasgos un tiempo que todavía no ha llegado, que probablemente no llegue nunca pero que permanece en el orden de lo posible. En este sentido, la relación expresada en el tiempo por la gran arquitectura urbana contemporánea reproduce, invirtiéndola, la relación en el tiempo que expresa el espectáculo de las ruinas. Lo que percibimos en las ruinas es la imposibilidad de imaginar completamente lo que representaban para los que las miraban cuando todavía no eran ruinas. Ellas no nos muestran la historia, sino el tiempo, el puro tiempo.

Lo que es cierto del pasado también puede serlo del futuro. La percepción del tiempo como tal es la percepción presente de una carencia que estructura el presente orientándolo hacia el pasado o el futuro. Esta percepción la encontramos por igual en el espectáculo de la Acrópolis o en el mu-

seo de Bilbao. La Acrópolis y el museo de Bilbao tienen una existencia alusiva. La arquitectura, al contrario de la ideología del presente en la cual se inscribe, parece restituírnos el sentido del tiempo y hablarnos del futuro.

Otro ejemplo de nuestra dificultad intelectual para pensar conjuntamente parejas como continuidad y discontinuidad, local y global, lugar y no-lugar: el arte y la creación artística en general. Si actualmente la relación de la creación artística en nuestra historia resulta difícil de identificar es precisamente porque el tiempo se acelera y se sustrae, y porque el recubrimiento del lenguaje temporal por el lenguaje espacial, la primacía del código, que prescribe los comportamientos sobre lo simbólico, que construye las relaciones, tiene efectos directos sobre las condiciones de la creación. El mundo que rodea al artista y a la época en la que vive no le llega sino bajo formas mediatizadas que constituyen ellas mismas los efectos, los aspectos y los motores del sistema global. Este sistema es a él mismo su propia ideología; funciona como unas instrucciones de uso; hace literalmente de *pantalla* a la realidad en la cual se sustituye o, más bien, tiene lugar. La inquietud y el desasosiego de los artistas ante esta situación son también los nuestros o, más bien, tienden a redoblar los nuestros y sucede que nos interrogamos sobre qué tienen que decirnos.

V. El “aquí” y el “afuera”

Otro elemento de confusión y de libertad simultáneas nos remite precisamente a la dificultad que de ahora en adelante existe para cruzar la frontera entre el aquí y el afuera.

La antropología cultural utilizaba en sus comienzos la noción de “rasgo cultural”. El rasgo cultural podía ser una invención material (un modo de cocción, una técnica de pesca o de caza, un adorno corporal) o inmaterial (un rito, un dios, una institución). La circulación y la difusión de

estos rasgos eran consideradas como una de las explicaciones del cambio en el interior de los grupos humanos en el mundo. La cuestión siempre ha sido la de saber cuáles eran las partes respectivas de la "difusión" y de la evolución en este proceso.

En el mundo contemporáneo los términos de la cuestión han cambiado de forma radical. Desde la colonización, ya no hay ninguna oportunidad de poder observar una evolución autónoma de un grupo humano cualquiera. Por acuerdo o a la fuerza, la humanidad se ha convertido objetivamente en solidaria. La existencia de un mercado acelera la circulación y el intercambio de bienes de cualquier tipo. La pertenencia a la red planetaria es la condición necesaria para la prosperidad económica y para la dignidad política. Desde este punto de vista, la demanda de la que los grandes arquitectos mundiales (americanos, italianos, franceses, holandeses...) son hoy el objeto por parte de numerosas ciudades de todos los continentes o la pretensión de los países emergentes de controlar la tecnología nuclear, suscriben la misma lógica.

Al mismo tiempo sucede que cada día es más difícil distinguir entre el exterior y el interior, el aquí y el afuera. Ha sido Paul Virilio quien ha teorizado sobre estos asuntos refiriéndose a la estrategia del Pentágono americano para oponer las parejas global/interior y local/exterior. Desde este punto de vista, se comprenderá bien que la cuestión de los préstamos, de las influencias o de los intercambios en los diferentes campos de la creación pueda revelarse más compleja de lo que parece: ¿se trata de una nueva relación con los otros y con la diversidad del mundo, o de una nueva forma de uniformación, incluso de dominación? Para intentar responder a esta cuestión, sin duda hay que reflexionar desde un nuevo punto de vista sobre la cuestión del aquí y el afuera. Una de las grandes divisiones del mundo actual es la de la riqueza y la pobreza, que no se reduce a la oposición de un mundo desarrollado y otro subdesarrollado; en este sentido hay zonas subdesarrolladas

en los países ricos y sectores desarrollados en algunos países pobres. Esto no impide que nuestra época esté marcada por todos los esfuerzos que realizan numerosos individuos de los países del Sur para acceder a la tierra prometida del Norte. En estas condiciones, la cuestión de los diversos préstamos a los que los creadores pueden acceder en los campos de la arquitectura, del diseño, de la moda o de la gastronomía, es evidentemente una cuestión de "lujo", que se da esencialmente en la parte más desarrollada del mundo.

Siempre ha sido así. En el siglo XVI, el Renacimiento, primero italiano, después francés, pasó por una vuelta a la Antigüedad grecolatina que revivificó la tradición cristiana y también por relaciones lejanas (América, África, China), en las que Lévi-Strauss ha podido ver la fuente de la vitalidad y del dinamismo europeo de aquella época. El "aquí", en esta perspectiva, era claramente Europa, y el "afuera", el resto del mundo. ¿Han cambiado realmente las cosas? Sí, en el sentido de que siempre ha habido un centro del mundo, pero que se ha desmultiplicado y en alguna medida desterritorializado. La "metaciudad virtual" de la que habla Paul Virilio refleja a la vez todas las megalópolis del mundo (de las que las más influyentes se encuentran principalmente, pero no exclusivamente, en América, Japón y en Europa) y la red de intercambios, de comunicación y de información que las conectan. Por otro lado, actualmente, se habla mucho más de las ciudades que de los países en los que se inscriben.

Es, pues, importante distinguir las situaciones. En un sentido, todo circula y encontramos de todo en todos los lugares. De este modo, en Brasil, etnias que creíamos desaparecidas han reaparecido porque el gobierno brasileño ha desarrollado una política de atribución de tierras a los grupos étnicos socialmente constituidos. Individuos mestizos, dispersos y aislados se han reunido y reinventado, sobre la base de recuerdos y de improvisaciones, de reglas comunes y de ritos. Para sus ceremonias han recurrido a menudo a

objetos que circulaban en el mercado, de origen asiático normalmente: se trata de una difusión de “rasgos” materiales al servicio de una reinención cultural. El regreso a las fuentes se sirve de fuentes exteriores. Por otro lado, nada hay allí de verdaderamente inédito y puede imaginarse que los grupos y los cultos se han constituido siempre sobre la base de un “bricolage” del mismo género. Lo que sí es nuevo es el carácter eventualmente muy alejado de las fuentes: da cuenta de una organización nueva del planeta.

En los campos de la arquitectura, del arte o del diseño (campos que coinciden y se cubren parcialmente), el juego con las formas o los objetos lejanos no se deriva de los mismos obstáculos. Procede de una elección deliberada y cobra sentido en medios privilegiados y conscientes de las inmensas posibilidades que ofrece teórica e idealmente la apertura del planeta en todos los aspectos. Es signo de un eclecticismo inspirado, con vocación humanista, opuesto a los monopolios culturales y al etnocentrismo. La dificultad a la cual se enfrentan los defensores de tal eclecticismo, como todos los artistas de hoy en día, es la extrema flexibilidad del sistema global, extraordinariamente apto para recuperar todas las declaraciones de independencia y todas las búsquedas de originalidad. Apenas formuladas, las reivindicaciones de pluralismo, de diversidad, de recomposición, de redefinición de los criterios, de apertura a las diferentes culturas son aceptadas, proclamadas, banalizadas y representadas por el sistema, es decir, concretamente, por las medias, por la imagen, por las instancias políticas y demás. La dificultad del arte, en el sentido más amplio, siempre ha sido la de tomar distancia respecto a un estado de la sociedad que debe representar, a pesar de que quiera ser comprendido por los hombres y mujeres a los que está dirigido. El arte debe expresar la sociedad (es decir, actualmente, el mundo), pero debe hacerlo de manera explícita y directa. No puede ser sólo una expresión pasiva, un aspecto de la situación. Debe ser reflexivo y expresivo, si pretende mostrarnos otra cosa que

lo que tenemos diariamente ante los ojos, por ejemplo en los supermercados o en la televisión. Las condiciones actuales hacen a la vez más necesaria y difícil esta diferencia entre expresión y reflexión, que concierne evidentemente y en primer lugar al eclecticismo paradójico del recurso al exterior en un mundo donde ya no hay afuera.

Hoy en día, los artistas y los escritores probablemente están condenados a buscar la belleza de los “no-lugares”, a descubrirla resistiendo a las aparentes evidencias de la actualidad. Se esfuerzan en reencontrar el carácter enigmático de los objetos, de las cosas desconectadas de toda exégesis o de todo modo de empleo, representando y tomando como objeto las medias que pretenderían hacerse pasar por mediaciones, rechazando el simulacro y la mimesis. Los arquitectos tienen dos escapatorias. Algunos están directamente concernidos por la miseria del mundo y la urgencia de alojamiento, de la construcción o de la reconstrucción; otros tienen la oportunidad de acometer frontalmente los espacios de la comunicación, de la circulación y del consumo, los “no-lugares empíricos”. Los aeropuertos, las estaciones, los viaductos, ciertos hipermercados son imaginados por los más grandes arquitectos como el espacio común susceptible de hacer presentir a los que lo utilizan a título de usuarios, de pasajeros o de clientes, que ni el tiempo, ni la belleza están ausentes de su historia. Fragmento de utopía, a la imagen de nuestra época dividida entre la pasividad, la angustia y, a pesar de todo, la esperanza o, al menos, la espera.

Referencias bibliográficas

Augé, Marc. (1993). "Los no lugares: Espacios del Anonimato". Ed. Gedisa. París.

Virilio, Paul. (1993). "L'espace Critique". Ed. C. Bourgois. París.

(1998). "La Bombe informatique". Ed. Galilée. París.

Le Bras, H. (1993). "De la planète au village". Datar- Editions de L'Aube. París.